



HOMENAJE A LAS VÍCTIMAS

La huella de la bala y la bomba en Bilbao

Gesto por la Paz recorre los 49 lugares de la capital vizcaína en los que el terrorismo acabó con la vida de más de sesenta personas

20.12.10 - 02:34 - LORENA GIL | BILBAO.

Cuatro balas acabaron con la vida de Fermín Monasterio el 9 de abril de 1969. Llevaba cinco años como taxista en Bilbao y su desgracia aquel día fue hacer la ronda por el Casco Viejo. Cuatro miembros de ETA, Mario Onaindia, Txutxo Abrisketa, Víctor Arana y Miguel Echevarría decidieron regresar de Cantabria, donde habían permanecido escondidos durante una semana, e instalarse en un piso situado en la calle Artekale. La vivienda había sido descubierta por la Policía y cuatro agentes esperaban en su interior la llegada de los terroristas. Onaindia, Abrisketa y Arana fueron apresados en el momento, mientras que Echevarría logró huir del edificio a pesar de ser alcanzado por dos disparos. En la calle se encontró con un taxi libre, el de Monasterio, al que pidió que le llevara por la carretera de Basauri hacia Burgos.

«Cada muerte es inútil y nosotros la sentimos como propia», afirma la hija de Fermín Monasterio

Durante el trayecto, el conductor advirtió que el etarra estaba herido y se negó a continuar el viaje hasta que aclarara lo sucedido. Echevarría, alias 'Makagüen', le amenazó con matarle si no le llevaba a la dirección indicada o le dejaba el coche. El taxista se resistió y el terrorista le descerrajó cuatro balazos para después dejarle abandonado en el barrio de Santa Isabel, en el límite entre Bilbao y Arrigorriaga.

El asesinato de Monasterio abrió la macabra lista de atentados en la capital vizcaína, que en más de cuarenta años han segado la vida de 63 personas. Gesto por la Paz recorrió ayer todos y cada uno de los 'puntos negros' que conforman la huella del terrorismo en Bilbao, no sólo el de ETA, sino también de los GAL y otros grupos de extrema derecha. «Cuarenta y nueve rincones de nuestra ciudad que, probablemente, no significaban nada especial para nosotros», pero que desde ayer se han convertido en lugares para el recuerdo; para testimoniar «el hueco de la existencia» de las víctimas inocentes y «el dolor desmedido de sus allegados».

Enmarcado en el XI acto de solidaridad con los damnificados y bajo el lema 'Mientras alguien les recuerde estarán entre nosotros', la coordinadora pacifista, en un homenaje sin precedentes, se acercó hasta medio centenar de puntos en los que se produjo un asesinato y pintó en ellos los nombres de las víctimas y la trágica fecha de su muerte. Junto a ambos se colocó, asimismo, el símbolo oficial de la memoria, la flor siempreviva, ante la atenta mirada de vecinos y transeúntes. «Me acuerdo como si fuera hoy de cómo ocurrió todo. Se me ha quedado grabado», reconocía emocionado un residente de la calle María Díaz de Haro. A la altura del número 33, ETA ponía fin a la vida del teniente de Farmacia del Ejército de Tierra Juan Bautista Castellanos cuando salía de un garaje cercano a su casa para dirigirse al trabajo. Era un 25 de abril de 1989.

Familiares, amigos y representantes institucionales se reunieron al término del recorrido en el parque de Doña Casilda para rendir un sentido tributo a todos los damnificados. «Frente a la tosca socialización del sufrimiento que nos ha propuesto el terror durante tantos años, ahora nos queda la democratización del recuerdo de quienes más han sufrido», reza el manifiesto al que los representantes de Gesto Amagoia López y Santi Esnaola dieron lectura al término de la concentración. Frente a la pancarta 'Los pasos de la memoria', carteles con los nombres de los asesinados y claveles de colores, que fueron depositados uno a uno por allegados de las víctimas y miembros de la coordinadora, dejaban constancia de las heridas que el fanatismo causó para siempre en 63 familias en Bilbao.

«Visibilizar lo ocurrido»

Al homenaje organizado por Gesto asistieron, entre otros, la portavoz del Gobierno vasco, Idoia Mendia; el consejero de Interior, Rodolfo Ares; la directora de Derechos Humanos del Ejecutivo de Vitoria, Inés Ibáñez de Maeztu; el portavoz del PSE, José Antonio Pastor; el parlamentario socialista Jesús Loza; los concejales bilbaínos Txema Oleaga (PSE), Cristina Ruiz y Carlos García (PP), así como la teniente de alcalde Julia Madrazo y el portavoz de Presidencia de EB, Serafín Llamas.

Dori Monasterio, hija de la primera víctima de ETA en la ciudad, reconocía que pese a los años que han pasado desde el asesinato de su progenitor no le «ha dado tiempo» a recuperarse. Consciente de que algo así no se supera nunca, asegura que «es muy duro» ver que después del atentado contra su padre, que entonces sólo tenía 38 años, «han venido tantos y tantos asesinatos». «Cada muerte es inútil y nosotros sentimos todas como propias», afirma.

Cuando habla de Fermín Monasterio, no puede evitar emocionarse. «Era un padrazo», le describe. Dori tenía solo diez años cuando los terroristas le arrebataron de su lado y tiene muy claro que «es necesario no olvidar» lo ocurrido. Y pese al sufrimiento, se declara optimista. «Yo siempre he sido optimista y lo único que espero es que esto acabe ya y que los terroristas hagan las cosas bien para dejarlo», defiende.

Cuarenta años después de que ETA acabara con la vida de Monasterio, la banda volvería a teñir de sangre, aunque por tercera vez -la segunda fue en 1986, cuando asesinó a Manuel Fuentes Pedreira-, el barrio de Santa Isabel. Si el taxista fue la primera víctima del terrorismo en Bilbao, el policía nacional Eduardo Puelles se convirtió el 19 de junio de 2009 en la última persona asesinada en la capital vizcaína a manos de ETA. Su hermano Josu defendió la necesidad de «visibilizar» el sufrimiento que el terrorismo ha dejado tras de sí, «sobre todo en un momento como el actual», cuando la izquierda radical ha apostado aparentemente por las vías políticas y la petición del cese definitivo de la violencia es ya generalizada.

Puelles advirtió de que «no puede haber tabla rasa ni discursos equidistantes a la hora de deslegitimar la violencia que nos ha llevado a esta situación» y remarcó que no son los damnificados quienes deben «demostrar nuestra bondad a nadie», sino quienes practicaron y justificaron el terrorismo. Josu, que insistió en que «lo único que deseamos es poder vivir en libertad», abogó así por «avanzar en la memoria, pero también en la dignidad» de los damnificados. «Las víctimas hemos decidido ponerlos en manos de la Justicia y ahí no puede haber impunidad», señaló.

El hermano del inspector asesinado no escondió su escepticismo ante los rumores de un próximo comunicado de ETA en el que acepte decretar una «tregua unilateral y verificable internacionalmente», tal y como le reclama la izquierda abertzale ilegalizada. «La misma palabra tregua significa un cese temporal, no algo definitivo. Lo que esperamos que digan es que desaparece», apostilló.

El homenaje, pese a estar concebido como un acto de recuerdo a nivel local, sirvió para reconocer a los cientos de personas que han sido golpeadas por el terrorismo. Según subrayó el portavoz de Gesto por la Paz Fabián Laespada, «hoy hablamos de las víctimas de Bilbao, pero no nos olvidamos tampoco de las de San Sebastián. Bergara v de tantos v tantos sitios. porque ellas están también en nuestra memoria».